

en opinión de un escritor español, Selgas, es el más listo de todos los animales, no sólo por haber resuelto el problema de vivir sin trabajar, sino por haberlo resuelto con el achaque de cazar los ratones, diversión o sport que para él tiene grandes atractivos.

Vistas, pues, las cosas con calma, se pone en evidencia que la mujer española, refractaria a la emancipación a causa de su «atraso intelectual», es mucho más sabia que las que neciamente se declaran autónomas y cargan con el pesado fardo de obligaciones que los hombres hemos llevado solos hasta ahora. A eso le llaman los franceses «laisser la proie pour pombre», que podríamos traducir «perder la tajada por roer el hueso». Una mujer excepcional puede encontrar en la ciencia o en el arte satisfacciones acaso superiores a las de la vida de familia; pero las mujeres vulgares que han de contentarse con desempeñar una función rutinaria y poco agradable, no deben de aceptar este medio de vida, sólo porque les deja más libertad, como superior al matrimonio. Las que tal hacen, cuando llegan a la vejez y forman el inventario de los goces que les ha proporcionado la libertad, sentirán envidia de la mujer del pueblo, que guiada sólo por el instinto, ha sabido enamorarse de cualquier ganapán, crear una numerosa prole, y mal que bien, salir adelante con ella, experimentar las alegrías y penas que la vida va dando de sí; en suma, vivir una vida natural e íntegramente humana.



XI.

«En malares anteckningar» af Egren Lundgren.  
Italien och Spanien. — Tredje upplagan. — P. A. Nerstedt  
Soener. — Stockholm. — 1882.

MUCHAS personas he encontrado en Finlandia que tienen ideas más o menos disparatadas sobre la vida interior española, sobre nuestros tipos, costumbres y tradiciones; y la ciudad más conocida es precisamente la nuestra. Como son contados los finlandeses que han viajado por España, se me ha ocurrido preguntar por qué conducto se tienen todas esas noticias, y siempre se me ha contestado: eso lo he leído en el libro de Lundgren. Nada más natural, pues, que mi idea de comprar el libro del conocido pintor sueco, las «Impresiones de un pintor», que figuran en el epígrafe. Y ni estará demás añadir a los detalles que doy, por si algún lector desea comprobarlos que la obra cuesta seis kronor, o sea nueve pesetas próximamente, y que va por la 3.<sup>a</sup> edición, porque aquí, en todo el Norte, se compran libros aunque sean caros. Si a un español se le ocurriera escribir unas

«Impresiones escandinavas», y venderlas a nueve pesetas el volumen, tengo la seguridad de que se quedaría con sus impresiones dentro del cuerpo.

El libro de Lundgren comprende Italia y España, pero de las 364 páginas de que consta hay consagradas a Italia sólo 116, el resto está dedicado a España, y de él cerca de la mitad a Granada, a la que el autor vino dos veces. No sé si la obra es conocida de algunos españoles, y aseguro que merece serlo; porque si bien el autor es hombre que observa muy superficialmente, tiene en cambio el mérito de ver muy bien, como artista, y de darnos lo que nos ofrece: impresiones pictóricas, las cuales interesan por su exuberancia de color y por referirse a una época relativamente lejana. Lundgren nos visitó en 1849, y su obra que para los escandinavos es un descubrimiento, para nosotros es una curiosa, y a ratos graciosa exhumación. No será tiempo completamente perdido el que dedique a reseñar las idas y venidas del celebrado Lundgren por España.

Procedente de Roma llegó en Marzo del 49 a Barcelona, de paso; todas sus noticias se reducen a hablar muy por encima de La Rambla y de la Seo; de un paseo llamado el «Jardín del Esplanado»; del Liceo, al que coloca entre los grandes teatros de ópera de Europa, al nivel de la Scala de Milán; del teatro Principal, en que asistió a la representación de «El desdén con el desdén», cuyos entre actos eran amenizados por bailes con castañuelas; y por último, de algunas particularidades que le llamaron la atención en las ceremonias reli-

gias de las iglesias. Al mismo tiempo, como hombre aprovechado, se ponía en relaciones con un profesor francés, monsieur Rambert, para aprender la lengua española, en la que no llegó nunca a ser muy docto, a juzgar por los disparates de que está sembrado todo el libro.

En Valencia la estancia fué más larga, y las impresiones recogidas más abundantes; habla del Grao, y de la tartana «en que vino» a Valencia, y de la fonda del Cid, donde se hospedó, diciendo incidentalmente que las calles no estaban empedradas; de la Catedral, y en particular de la torre llamada «El Micaletá», de la belleza de las valencianas, y de algunas prendas de vestir, como la «media valenciana» y la «alpargata»; de la Academia de pintura, donde copió un retrato de Velázquez, y de la galería de pinturas, en la que le llamó la atención la «Comunión de María Magdalena», de Espinosa, y el «San Francisco», de Ribalta; de la iglesia de los Mártires y de la Biblioteca de la Universidad; sin olvidar la excursión reglamentaria a Murviedro, la antigua Sagunto. Sus relaciones personales le debieron de dar escasa luz sobre nuestro país, pues a excepción del bibliotecario de la Universidad, todos sus tratos fueron con extranjeros, en primer lugar con artistas de una compañía de ópera italiana, que daban como él dice, la Gazza, Ladra y Lucía, mezcladas con zarzuelas, fandango y jaleo. Sin embargo tuvo ocasión de aprender a perder el tiempo en el café Suizo, de conocer a una Carmen, a una Dolores y a una Mariquita, y de tomar nota de una coplilla

que le llamó mucho la atención:—De la raíz de la palma—hicieron las Isabeles—delgaditas de cintura y de—corazón crueles. No creo nesasario advertir que la manera de partir los versos de la copla, es invención de Hr. Lundgren.

De Valencia pasó a Málaga, tocando brevemente en Alicante, Cartagena y Almería, de las que no dice nada interesante. Sólo al hablar del escaso movimiento que notó en Alicante, aprovecha la ocasión para dar a conocer, estropeado, un modismo español, pues dice que no había «más que cuatro gatas» en vez de cuatro gatos.

En Málaga, un amigo siciliano le llevó a una casa de pupilos con «patio y corredores», donde por primera vez se encontró nuestro viajero «verdaderamente en España». Describe el trato que Catalinita, la pupilera, le daba por 16 reales y exclama al fin: «¡Hvilket Eldorado!» No obstante, los días que permaneció en Málaga fueron muy pocos y sólo tuvo tiempo para conocer a un pintor, Cortés, que le descubrió los «misterios artísticos» de la ciudad, sin olvidar las figuritas de barro, y a un ex militar, Quesada, que le entusiasmó cantando las «seguidillas de los enamorados». Con esto y con describir cómo se pela la pava y citar la frase: «si me busca la ley, a Málaga me voy» da remate a sus estudios malagueños y emprende en diligencia (pues entonces no había tren) el viaje a Granada. A media noche salió de Málaga, a las once llegó a Loja, y a las seis de la tarde estaba hospedado en la «Fonda de la Minerva» en una habitación semejante a la «cerda de una carcel»,

y puesto de acuerdo con el excelente guía Arabal para subir a la Alhambra al día siguiente, a las cuatro de la mañana, antes de la salida del sol. Esto ocurría en Mayo de 1849.

Hago gracia al lector de la descripción detallada de la Alhambra que trae el libro de Lundgren. La impresión primera del pintor fué que todo era más pequeño que él se lo había imaginado, pero sin que esto rebajara el valor artístico del monumento. En el Generalife, lo más notable que encontró, según parece, fué una chica de 17 años, parienta del jardinero, de la que habla como de una beldad maravillosa. Y su primera impresión sobre nuestra ciudad es entusiasta; aunque el autor ha recorrido casi todo el mundo no ha encontrado nada que tenga conexión con Granada, «tipo original e incomparable, de extraordinario valor para un artista». «Durante el día todo está inundado de colores de extraordinaria riqueza y magnificencia y por la noche bajo el cielo de azul intenso, la ciudad está como revestida de espíritu romántico...» «El aire es puro, claro y cargado de aromas y de fuego; una mansión que ni soñada para el amor».

La visita a la Catedral ocupa dos largas páginas y contiene varios detalles que hay que omitir por ofensivos al espíritu religioso de mis lectores. Al autor le choca el excesivo lujo con que están vestidas las imágenes y adornadas las capillas, y se permite algunos rasgos humorísticos de gusto más que dudoso. Para concluir su primer capítulo habla de la Cartuja, en sentido bastante desfavorable, y refiere cómo llevado de su deseo de estar

más cerca de las bellas salas de «Linda Raja» dejó la «Minerva» y se hospedó en la Alhambra en casa de la «corpulenta personalidad» de Carmen.

Sigue inmediatamente un cuadro curioso y hasta histórico: la descripción de la corrida de toros dada en honor de los duques de Montpensier. El entusiasmo era tal que nuestro artista tuvo que tomar el billete con anticipación, cuidando de que fuera de sombra, porque al sol el calor es insoponible. Fué a la plaza a las cuatro y le llamó la atención la algazara del público, así como la procesión de los toreros (tjurfaektareprocessionen) al toque de la «marcha real», describe a los banderilleros y chulos, que eran seis, al espada o doedaren, a los picadores o «caballeros que van armados de largas picas» y a las mulas con sus sonoras campanillas y banderas. Los toreros se arrodillan y rezan ante la imagen de la Virgen; después cada cual se va a su puesto; el «matador» saluda gravemente a la princesa e hinca una rodilla en tierra hasta tanto que se le permita comenzar el «juego» porque—dice el cronista—a esto le llaman juego (lek). La infanta arroja la llave a la arena como signo de su graciosa concesión y empieza la lucha. Suenan las trompetas y sale el primer toro que es negro, brillante, la sangre y los ojos llenos de furor; va adornado con una moña azul y blanca sujeta con un gancho de hierro. Sigue, en los términos más complicados, la descripción de las correrías del toro, encuentro con el picador y caída de éste, así como su salvamento por los banderilleros; segundo y más terrible

choque en que el caballo cae muerto, redondo, «no obstante la grave herida que el toro recibe en el lomo». Siguen los banderilleros con sus pinchos delgados y cortos adornados de papel, que hacen al toro bramar de coraje; y por fin el matador con su «muleta» o «bandera roja» y espada de Toledo (toledovaerja) se dirige ante el palco de la infanta con la misma seguridad que si no hubiera toro en el redondel, cae de rodillas con la «montera» en la mano, dice algunas palabras, y va luego contra el toro; con la bandera roja la lleva de izquierda a derecha, hasta marearlo, y luego, firme y seguro, le clava el estoque en medio del corazón. El toro muere; bravos de las masas populares; lluvia de cigarros y «petillos» y hasta de bolsas con dinero sonante; sombreros y chaquetas, que los chulos devuelven a sus propietarios, mientras el matador con gestos graciosos, no exentos de majestad, y con la sonrisa en los labios, va saludando a los que le aplauden. A todo esto un mozo había clavado al toro un cuchillo o puñal y las mulas galopaban arrastrando los despojos mortales.

Vuelven a sonar las trompetas y sale otro toro que «era castaño y más salvaje si cabe que el anterior». Varios caballos fueron destrozados y un picador fué arrojado tan alto que cayó sin sentido y hubo que sacarlo fuera del redondel. El tercer toro no quería pelear y hubo que echarle perros de presa. Él cogió a dos con los cuernos y los tiró por alto mientras pisoteaba a un tercero; le echaron nuevos perros y por último un mozo con una cuchilla le cortó una nalga; y cuando estaba en

tierra el infeliz animal con los perros colgados, le clavaron la puntilla. Esto era tan despiadado y miserable que se puede dudar de si intervenían seres humanos. Cinco toros fueron muertos, poco más o menos, de igual modo, y muchos caballos destrozados (total 23). Uno de los toros saltó la plancha que separa el redondel del público y era de ver como corrían los mozos, polizontes y aguadores. Un chico fué retirado casi muerto. El espectáculo terminó mucho después de ponerse el sol, y el público, tanto señoras como caballeros, estaban contentísimos por el buen rato que habían disfrutado; «y yo—agrega para terminar el revistero sueco—hubiera sido considerado como hombre sin pisca de gusto si me hubiera atrevido a decir que el combate de toros (tjurfæktning») no me había proporcionado ningún placer».

Si se tiene en cuenta que hace medio siglo las corridas no eran tan populares en Europa como hoy lo son, y que no hay medio humano de expresar en sueco ningún término taurino, la revista de Lundgren es una obra maestra de exactitud y colorido. El cronista no sabe distinguir el mérito artístico de los toreros, ni nota las diferencias que hay en las lidias de cada toro, porque no hay posibilidad de que un europeo, que no sea español, comprenda un espectáculo romano y moro y a la vez creación de dos civilizaciones comprendidas en Europa sólo por la lectura de libros, es decir, teóricamente. Yo he asistido a la representación de un drama chino y si me viera obligado a relatar mis impresiones, no podría hacer otra cosa que

describir el escenario y agregar que salían actores muy semejantes entre sí, articulaban sonidos al modo de los papagayos, recorrían la escena seguidos de numerosa comitiva y se retiraban para dejar el sitio a otros, que hacían casi lo mismo y así sucesivamente.

Se dirá que esto me ocurrió por no conocer el chino y yo replicaré que la dificultad no estaba en no entender el idioma, sino más bien en no comprender el arte dramático de la raza amarilla. Anoche asistí al estreno del último drama de Ibsen, representado aquí antes que en ningún teatro de Europa; «John Gabriel Borkman», y por mi falta de costumbre de oír el lenguaje teatral sueco, muchas frases se me escapaban; y esto no me impidió comprender exactamente toda la obra y apreciar en su integridad la fuerza del gran tipo trágico, concebido por el dramaturgo noruego. Un caso más demostrativo aún; son contadas las palabras que conozco del finés y sin embargo he ido al teatro finlandés a ver la tragedia «Kullervo»; no saqué en limpio más que dos palabras: *veitsi*, cuchillo y *pacivae*, día; y sin embargo me interesé vivamente por las desventuras del Edipo finlandés.

Aunque pierda mucho, el arte teatral puede subsistir sin el auxilio de la palabra, siempre que sean conocidas las reglas generales de la acción dramática. Los dramas chinos son excesivamente largos; suelen durar varios días; la acción es muy lenta y complicada, casi todos los personajes que yo ví salían seguidos por numerosas comparsas que por lo visto deben representar el papel del

coro de la tragedia griega; a la hora del espectáculo me fuí yo aburrido y acaso no habían dicho todavía nada de particular. Los largos intervalos de la acción deben de servir para que el público tenga tiempo de saborear lo que queda dicho; y así ocurre que cuando dicen alguna gracia, hay espectador chino que se pasa cinco minutos riendo a carcajadas sin temor de perder la gracia que viene después. Un conocido mío que ha concurrido a representaciones teatrales en China, me decía que lo que más le interesaba era el reír de los chinos, semejante al cacareo de los gallos, y la extraña costumbre de lavarse durante los inacabables espectáculos. Cuando el calor es insoponible se aprovecha uno de los intervalos para llamar a unos hombres que van por los teatros— como por los nuestros los vendedores de agua y merengues—con jofainas y toallas; por una cantidad insignificante se lavan las rapadas cabezas y se quedan frescos como lechugas. Y bueno será declarar que con una sola toalla se lavan varios centenares de personas, con un espíritu de fraternidad que para nosotros lo quisiéramos los cristianos de Europa.

Pero noto que la digresión es demasiado larga y lo que es peor, que no tiene nada que ver con el libro que reseño. Mi idea era demostrar lo difícil que es comprender las obras de civilizaciones distintas de la nuestra, y justificar a Lundgren de los disparates que comete, menos graves que los de muchos europeos, que han intentado dar a conocer nuestra fiesta tauromáquica. Buena o mala la des-

cripción de Lundgren, es la más conocida por éstas alturas. Con ella, la ópera «Carmen» y algún que otro cabo suelto, basta para que se nos tenga por un pueblo aparte en el concierto «europeo».

Después de la corrida de toros habla nuestro autor de una juerga en un ventorrillo de la Alhambra, organizada por varios estudiantes amigos de un profesor, Çubí, compañero de viaje de Lundgren, desde Valencia. El héroe de la fiesta fué un «canónico» llamado don Pedro que invitado por uno de los estudiantes entra diciendo: Ave María Purísima «y concluye por gritar»: «evviva las mozas»: «ay de mí» y aquello: «Del cielo luciente estrella—Granada bella». Aunque el canónigo resulta luego ser cura a secas, da un tono demasiado vivo a este cuadro, que termina por algunas frases sobre la procesión organizada en honor de la infanta.

Luego de hablar nuevamente de la Alhambra y de sus inscripciones, y de describir la «Torre de la Cautiva» y la «Fuente de las Avellanas» (como él dice), da cuenta de un interesante baile que tuvo lugar en la Alhambra y que fué organizado por la Maestranza en honor de los duques; y para hacer *pendant*, de una danza gitana, con cuya ocasión habla de la ilustre gitanería granadina. El capítulo termina con la descripción de la procesión anunciada y con una excursión nocturna interrumpida por un destemplado «¿quién vive?» al que contestó Lundgren con el alma y con el corazón: «¡España!». Y lo dejaron pasar.

Sigue hablando el autor de los temas más varia-

dos: del cochero Napoleón y de una subida al «Monte Sacro», desde donde describe con entusiasmo nuestra vega, y de su excursión a la Sierra Nevada, emprendida con arreglo a los sanos principios de la ciencia alpinista. Refiere sus impresiones de viaje; su vistazo a Granada desde el sitio que él llama «el último suspiro del moro», sus paradas en Lanjarón y Orgiva y su feliz encuentro con unos estudiantes y varias señoras montadas en mulas. Bien pronto se organizó una fiesta, de la que fueron héroes una de las señoras llamada donna Leonora y el estudiante don Alfonso. De doña Leonora conservó la siguiente expresiva copla:—«No yo temo a las partidas—ni tampoco a los caminos—se va a un lado un mozo fino—esencia del bien querer». Y don Alfonso le dió a conocer refiriéndola a todos los reunidos, la Leyenda de Abdul Hassan, que llena, ella sola, 15 páginas del libro. El 22 de Julio tuvo lugar la ascensión a la sierra.

Los expedicionarios éramos cinco—dice el sueco aprovechando la ocasión para arañar un poco a sus «amigos» los rusos:—Garhardt, Friedrich (dos amigos alemanes) y yo, un ruso, Ruloff y el mozo o mulero. «Subieron al Picacho para ver la puesta del sol, y, encaramado en aquella altura, Lundgren describe el panorama con tan brillantes colores que no creo haya sido superado por ninguno de los infinitos a quienes ha inspirado nuestra sierra; al día siguiente nueva ascensión para ver la salida del sol, y nuevo cuadro pictórico, más brillante aún que el primero; el entusiasmo lleva

a nuestro artista a decir: «aquello era majestuoso; era supraterráneo; parece que entonces vi yo el sol por primera vez en mi vida».

De regreso de su excursión, Lundgren decidió dejarnos; se despidió de la Alhambra y de Carmen y su familia y tomó asiento en la diligencia de Málaga, en el pescante, entre el mayoral y el zagal, entre el «cochero y su primer ministro». La mula que va delante—dice el viajero—se suele llamar «Generala», «Capitana» o «Briosa», y las demás «Carbonera», «Coloevra», «Valerosa» y «Pastora». Desde Málaga, por Gtbraltar, Tarifa y Cádiz, a las que dedica muy pocas líneas se dirigió a Sevilla, donde le chocó en primer término lo estrecho de las calles y la poca altura de las casas; pero agrega: «no conozco ninguna ciudad que como ésta se haya apoderado de mí desde el primer instante». Desde el primer día Lundgren se encontró en Sevilla como en su casa, halló entrada en «tertulias» y reuniones familiares y trabó amistad con muchas personas de las que nos habla continuamente; el pintor alemán españolizado don Federico Ludwig; D. Marcos Pereda, que sacó a Lundgren de casa de la señora María Francisca y lo llevó a la de Barrera, en la calle de la Muela; el actor Osorio; los hermanos Bontolón, el americano Villamil y casi todos los concurrentes al Casino Sevillano. La parte del libro dedicada a Sevilla es la única en que aparecen cuadros de la vida española; en Granada lo principal son los monumentos y los paisajes; en Sevilla los tipos y costumbres; se habla muy someramente de la Cate-

dral, del Alcázar, de la Casa de Pilatos, del Hospital de Caridad; pero abundan los croquis de escenas andaluzas: un baile casa de Miguelito, donde el autor vió bailar «el fandango, la cachucha y la zandunga», bailes gitanos, tipos del barrio de Triana; relación de la desventura amorosa de Pepa la bruja; romería a Torrijos; excursiones marítimas; entierros y muchos más, que en conjunto dan una idea aproximada de la vida sevillana a mediados del siglo. Como es natural, siendo el cronista pintor, la parte más extensa es la dedicada a la escuela de pintura y a los artistas sevillanos y a los tipos pintorescos andaluces, de los cuales en particular de mujeres, ofrece al lector una riquísima galería. De algunas bellezas llegó hasta hacer el retrato y de ellos cita los de la señorita Encarnación Reyna, hija del boticario de Algeciras, de Carmen Buzón, famosa bolera que volvía loco a todo el mundo bailando «el olé» y de la graciosa Jesusita.

Después de una breve estancia en Córdoba, donde solo le llamó la atención el «Arricife», las ermitas, una comida en que hubo garbanos y tomate y buen vino del «Val de peñas» y Montilla, y la Mezquita, regresó Lundgren a Sevilla, en la que continuó sus estudios «juerguísticos pictóricos»: encierros, cacerías, escenas tauromáquicas, historias de bandidos (hay una muy sugestiva con el melodramático título de «El Chatos doed»—«La muerte de El Chato»—descripción de la Feria; bailes en casa de Félix García, el primo de la Malibran); en fin, el cuento de nunca acabar. Del

folklore sevillano trae Lundgren sólo estas dos coplas: «Piensan los enamorados—piensan y no piensan bien—piensan que nadie los mira—y todo el mundo los ve»;—«No mi haga usted cosquillas—que mi pongo colorada—que mi gusta a mí la gente—que tiene formalidad—con el vito, vito, vito,—con el vito, vito, va».—etc. Nótese la perspicacia instintiva con que el sueco caracteriza dos regiones desconocidas para él, con sólo dos coplas; la Andalucía alta está en la copla «de la esencia del bien querer» que canta doña Leonor, en el camino de la Alpujarra; la Andalucía baja, en la canción del «vito, vito», «Sevilla, ¡oh Sevilla!—concluye Lundgren,—corona de la primavera—dulce país de mi morena—alegría de mi corazón!»

De Sevilla vuelta a Córdoba, deteniéndose en Carmona, descripción de la Mezquita y regreso a Granada por Bailén. Cuando regresó a Sevilla entró en la ciudad como quien vuelve a su casa; al regresar a Granada no aparece en su relato más que la Minerva, Arabal, Carmen, el cuarto en la Alhambra y la indispensable gitanería. Hay que reconocer que éramos muy ariscos en 1849; entonces no hacíamos caso de quien nos visitaba. Hoy es otra cosa; en 1895 nos visitó uno de los escritores franceses de más nombradía entre los jóvenes, Maurice Barrés, quien ha escrito y piensa escribir en serio sobre cosas de España, y aunque le ocurrió lo mismo que a Lundgren, tuvo siquiera la satisfacción de protestar en letras de molde en una carta publicada en *El Defensor*.—Lo único nuevo de que nos habla el pintor sueco en su segunda



visita, es de sus paseos por Granada, en los que salen a relucir el Zacatín, «La puerta de las Orejas», llamada también «de los Cuchillos», los Mártires y algún detalle olvidado en la primera.

En comparación con Andalucía el resto de España le pareció a Lundgren muy prosáico; su estancia en las demás ciudades españolas que visitó fué breve y sus impresiones muy ligeras. De Madrid sólo le interesó la puerta del Sol y el Museo; de Toledo a donde fué recomendado por la «amable señorita Emilia de Gayangos» da una descripción muy sumaria, pero en la que se aprecia bien en conjunto, el carácter histórico y artístico de la ciudad; por último, hizo breves visitas a Cuenca, Valencia y Barcelona, desde donde se embarcó para Londres.

Del interesante viaje de Egren Lundgren se destacan con gran relieve sobre las demás, las dos ciudades andaluzas: Granada y Sevilla, cada una con su carácter propio; Granada es la ciudad que encanta por el color y Sevilla la que seduce por la gracia; en Granada lo principal es la luz, el paisaje, los monumentos; en Sevilla, la vida, los tipos, las costumbres. En el relato de Lundgren aparece Granada como adormecida y casi muerta; faltan «personas»; sin duda en 1849 todos los «hijos ilustres» de Granada estaban de viaje; y los que no eran ilustres estaban metidos en sus casas. El único apellido granadino que cita el autor es el de Marín, a cuya casa fué alguna vez. Si hoy volviera a nuestra ciudad encontraría menos carácter morisco y romántico y la misma oposición entre la

ciudad y los habitantes; en Granada hay dos cosas inmutables: el ambiente, que por fortuna está fuera del alcance de los reformadores y el filosofastro pintado magistralmente por Méndez Vellido en su artículo «Lo inmutable», el hombre telaraña que se sonríe con desprecio de todas las escobas inventadas por la moderna civilización. Todos nosotros, quien más, quien menos, tenemos algo de telaraña; andamos arrinconados para que nos «dejen el alma en paz». Somos perezosos y cuando creamos algo, nuestras creaciones, hijas de la pereza, se mueren al poco tiempo por no tomarse el trabajo de vivir.

Se trata de crear en Granada algo que sea como un núcleo de vida espiritual; se funda por ejemplo un *Centro Artístico*; y este Centro comienza a seguida a dar tumbos y sus papás o fundadores lo ven morir con una calma digna de los más aplaudidos estóicos. La causa de eso, se dice, es «la falta de espíritu de asociación»; y dicho esto nos quedamos más tranquilos todavía. Pues bien, aquí donde yo escribo hay mucho espíritu de asociación; y las Sociedades no tienen socios bastantes para cubrir los gastos, por lo mismo que son muchas y la población es pequeña. Ocurre todos los días que esta o aquella sociedad no puede seguir adelante, y en vez de lamentarse de la indiferencia del público, decide sacarle los cuartos con la mayor suavidad posible y organiza una «función de auxilio», como aquí se dice, con el concurso gratuito de los que se interesan por la Sociedad. No há mucho dió una la Sociedad filar-

mónica y he oído decir que sacó más de cuatro mil duros limpios de polvo y paja.

Y donde quiera que se aplique el sistema de la forma aquí usada, el resultado es seguro, porque el público acude siempre que le tocan en el punto sensible. Una función de auxilio es interesante porque no es un espectáculo vulgar, con artistas pagados, sino una obra de la sociedad misma; los que hoy asisten como espectadores mañana serán los ejecutantes. Un catedrático da una conferencia; una señorita baila y la otra canta; las que no tienen habilidad para otra cosa sirven para figurar en cuadros vivos, en los que se reproducen cuadros de artistas célebres; las señoras serias regalan labores, que se venden en una rifa organizada para llenar los intermedios del espectáculo; hay quien recita poesías y quienes dan representaciones dramáticas de obras escritas con este objeto por escritores locales; y hasta suelen terminar estas fiestas por un baile general. Todas estas cosas hay medios de hacerlas en Granada, salvo en lo tocante a la intervención de las señoritas, que pondrían reparos para salir a las tablas de un teatro a bailar y a figurar en cuadros vivos; habría que contentarse con que tocaran el piano o cantarán. Pero por algo se ha de empezar. La dificultad mayor es nuestro carácter, nuestro temor a echar a la calle nuestras miserias, nuestra costumbre de aguantarnos en silencio para no desentonar y de regirnos, individuos y sociedades, por la sapientísima regla de conducta: Cada uno en su casa y Dios en la de todos. Estas prácticas no tienen más

inconveniente que el de impedir que se forme espíritu colectivo. Cuatro siglos largos después de la Toma de Granada nos hallamos con que nuestra ciudad ha dejado de ser morisca para convertirse en aglomeración sin carácter. Tenemos todo lo que necesitamos: el paisaje y el hombre filósofo, el *pinon udor* (lo diré en griego para mayor claridad) el último retoño de Diógenes, el heredero del espíritu helénico. Pero este sabio, quizás por ser verdaderamente sabio, es un grandísimo holgazán y no ha querido hasta ahora molestarse ni siquiera para ponerse donde le vean. Por eso no le han visto ni Lundgren ni ninguno de los viajeros que nos han visitado y estudiado. Y Granada continúa siendo una ciudad morisca sin moros, porque algo se ha de decir para entretener al honrado público.

